

Migración negra en Santa Marta

José Luis Vega de Lavallo
Universidad del Magdalena

Resumen

El objetivo de este artículo es dar cuenta de los procesos e inserción urbana de la Gente Negra que se ha instalado en Santa Marta, los cuales han llegado a partir de la década de los años ochenta a trabajar en el sector turístico de esta ciudad.

Palabras clave: Gente negra, procesos migratorios, turismo, practicas económicas, experiencias urbanas.

Abstract

This article is an ethnography that shows the migration process and the urban articulation of black people, which have established in the city of Santa Marta (in the Caribbean, Colombia). They have arrived since the 1980s to work in the tourist sector.

Key words: Black people, migration process, tourism, economic practices, urban experiences

Introducción

El objetivo de este artículo es dar cuenta de los procesos e inserción urbana de un grupo negro que se ha instalado en Santa Marta, los cuales han llegado a partir de la década de los años ochenta a trabajar en el sector turístico de esta ciudad. Me propongo mostrar cómo han sido los procesos migratorios e inserción económica de estas personas una vez que se han instalado en el barrio de Cristo Rey; barrio donde se encuentra la más alta población negra de esta ciudad. Este escrito es una síntesis de mi trabajo de grado en Antropología: “Gente negra del barrio de Cristo Rey: Historia, actividades económicas y representaciones en Santa Marta” desarrollado durante el 2005 y 2006. En mi trabajo de campo, recurrí principalmente a las entrevistas y a la observación participante. Así, acompañé durante numerosas ocasiones a mujeres y hombres negros en sus recorridos por la ciudad y en las playas, ofreciendo sus dulces, frutas o las trenzas para turistas y residentes.

El proceso migratorio

El centro de irradiación del éxodo presente de la gente negra hacia Santa Marta, es el corregimiento de San Pablo, municipio de María la Baja, departa-

mento de Bolívar. Este corregimiento es un pequeño pueblo anclado en uno de los brazos del Canal del Dique. La vida de este pueblo gira alrededor de las hacienda ganaderas y las pequeñas parcelas.

En la historia de San Pablo no hay un consenso sobre la formación del pueblo. Para unos, el corregimiento nació debido a una migración de palenqueros a lo que hoy se conoce como San Pablo; para otros, fue un grupo de personas que accedió a los terrenos de un italiano, y una vez formalizada la escritura, dieron así vida al pueblo.

En términos de los procesos migratorios, el cierre del Ingenio Central Colombia, conocido popularmente como el Batey, constituye uno de los hechos más relevantes. El Batey se ubicaba en la Cruz de Vizo, un pequeño caserío a unos minutos de San Pablo. El ingenio ofrecía empleo a las habitantes de los diversos municipios cercanos. En los años setenta, el Batey, decayó y fue cerrado, lo que generó una crisis, ya que gran parte de la población dependía de la dinámica económica asociada a su operación. Así, muchas personas empezaron a emigrar a otras regiones de la costa, en busca de mejores oportunidades económicas.

En una calurosa tarde del 25 de enero, fiesta patronal de San Pablo, mientras la procesión caminaba lentamente y las personas la seguían detras con velas encendidas, por la calles polvorienta del pueblo, nació una niña cuando la procesión pasaba por el frente de una de las tantas casas; a la niña le dieron el nombre de Josefina Olivo. Una hermana se la llevó por las dificultades económicas sufridas por sus padres. De San Pablo llegó a las calles de Nueva Colombia, un barrio de una alta población negra en Barranquilla.

Su nueva vida empezó al dedicarse al mismo oficio que hacia su hermana por la calles de Barranquilla: la venta de pescado. Los gritos de “llevo pesca’o y fresco”, comenzaron a ser familiares para ella. En Nueva Colombia, se conocería con José Pérez, con quien contraería matrimonio.

De Barranquilla, Josefina regresó a San Pablo para dedicarse a la fabricación y venta de escobas por los municipios vecinos. Sin embargo, la estrechez económica nuevamente se hizo presente, y de San Pablo iniciaría un peregrinar que la llevaría por las ciudades de Cartagena, Barranquilla, Riohacha y Maicao, dedicándose a la venta de pescado y otros oficios que pudiera realizar, mientras su esposo se trasladaría de una labor a otra, siembre buscando el sustento económico para toda la familia.

Aunque Josefina Olivo fue el eje fundamental para la llegada de la población negra de San Pablo a Santa Marta, la primera en llegar a la ciudad fue Zoila Mejía, “La niña”, en 1948. Ella llegó con su madre, llegaron al barrio de Pescadito a la misma casa que hoy en día habita. Ella y su madre se dedicaron a vender por las calles: canastos y escobas de fique así como aceite de pepita, elaborado con la semilla del árbol de corozo. Al crecer, ella misma también se dedicó a la venta de estos productos. Roberto Almanza en su trabajo de “la casa de los negritos” nos dice:

“La niña Zoila como fraternalmente le llaman, llegó a Santa Marta en 1948 siendo aún una niña en compañía de su madre Buenaventura Villamil, de quien aprendió el gusto por el comercio y el placer por abrir caminos con sus pasos. Su madre le mostró el mundo fuera de San Pablo su pueblo natal, junto a ella hizo sus primeras travesías en el arduo y fatigante oficio de la venta ambulante. Zoila se recuerda jovencita, despierta y ágil para los negocios, reconociendo que muchas veces era osada, pues en algunos pueblos del Magdalena persuadía a su madre a seguir vendiendo hasta la noche, quedándose muchas veces sin posada, para después salir a pedir a gente desconocida que le dejaran pasar la noche. Cuenta que muchas veces le decía: “no te preocupes mamá que alguien nos recoge” y la pequeña llevaba a su madre de la mano hacia puestos de comida y después de comprar algo, entablaba conversación para luego decir: “¿ahh doña, usted no podrá darle posada a estas dos negritas que no tienen donde quedarse esta noche?” y según ella siempre contaba con suerte, pues nunca se la negaron. Zoila trae a su memoria a su madre como una mujer tímida, noble y trabajadora, pero luego reflexiona, y le atribuye su timidez o cautela a la experiencia de los años, pues es conciente que ir pidiendo estadía a desconocidos tiene muchos riesgos que tal vez su madre tenía en cuenta.

De Bolívar llegaron cargadas de optimismo y artesanías, canastos, cervatillas, esteras y abanicos de mano; en el Puerto la Intendencia en el Caño de la Auyama en Barranquilla tomaron una embarcación hasta el puerto de Ciénaga, Magdalena. Allí estuvieron algo más de una semana en los tiempos en que todavía Ciénaga competía cabeza a cabeza con Santa Marta por ser la capital del departamento, en los años del recordado auge del banano. De Ciénaga llegaron a Santa Marta en una mañana soleada en el tren ordinario de pasajeros. La siempre numerosa mercancía fue guardada en una farmacia cuyo nombre se pierde entre los rincones de su memoria, que trae al presente como “la droguería de Roca”. Así mismo, como una fotografía, recuerda que quedaba justo frente a la iglesia San Francisco en la parte de atrás del Banco Colombia, que solía ser el mercado, en pleno corazón del centro de la ciudad y principal epicentro del comercio. De este lugar, madre e hija salieron juntas a vender sus artesanías por los barrios de la ciudad.

Entre muchos tantos ires y venires, y con la muerte de su madre, la joven Zoila decide venirse a buscar a su hermano en la Zona Bananera. En ese tránsito llegó aquí, como lo afirma ella misma, pero nunca más volvió a salir de Santa Marta, y solo lo hace en casos de extrema necesidad como cuando hay un velorio. La niña Zoila relata orgullosa que siempre ha vivido en esta que hoy es su casa, y que antes de pertenecerle era de propiedad de la señora Sebastiana Pérez de Ciénaga, Magdalena, afectuosa amiga de su madre con quien

compartían el oficio de comerciante y que un año atrás se conocieron vendiendo mercancía en la Zona Bananera. Fue tal la amistad que llegaron a construir estas dos mujeres, que Sebastiana puso a la orden su casa para cuando ellas quisieran venir a Santa Marta a vender sus artesanías. Gracias a Sebastiana llegan a esta ciudad. De manera que la primera noche de la pequeña Zoila en Santa Marta fue en el mismo techo que hoy congrega a tantos paisanos. Después de aquella primera venida siempre se hospedaba en esta casa, pues contaba con el beneplácito de una gran anfitriona. Así fue cogiéndole amor a esta casa-memoria, lugar de recuerdos donde siempre trae aquellos días cuando junto a su madre descubrieron la casa y la hicieron suya”. (Almanza 2007: 21-22)

Ocasionalmente la niña Mejía volvía a su pueblo para funerales y fiestas. Al llegar a Santa Marta y tener una casa propia; su casa se convirtió en lugar de llegada de sus paisanas de San Pablo para explorar el mercado laboral de la ciudad (Almanza 2007). Hoy en día su casa se ha vuelto un lugar de tránsito para familias recién llegadas y personas solas que salen del pueblo para trabajar el tiempo que dure la temporada de turismo en Santa Marta. El proceso migratorio de los ochenta comenzó en manos de Josefina Olivo y José Pérez. Esta pareja decidió salir a buscar nuevas posibilidades de trabajo. Instalándose inicialmente en Barranquilla por invitación de una amiga, Nuris Yáñez, se desplazaban todos los días a Santa Marta. Pagaban seis pasajes diariamente, porque con ellos venían con algunos familiares que les vendían los dulces en las playas.

Al percatarse que las playas de esta ciudad eran *vírgenes* para la venta de los dulces, cosa que no encontraba en otras playas de otras ciudades de la costa, decidieron instalarse en Gaira, cerca a las playas de El Rodadero. Todos los días fabricaban los dulces en el patio de una casa arrendada, para venderlos después sus familiares y ellos mismos en estas playas. En este barrio vivieron dos años, pero debido al robo de unas joyas de Josefina Olivo y José Pérez, decidieron salir de este barrio para evitar represalias del ladrón, luego de haberlo denunciado.

Se trasladaron al barrio de La Paz, fuera del perímetro urbano de la ciudad. Allí arrendaron una casa, en la que vivían todos los familiares de Josefina y José que les trabajaban en la venta del dulce. Los fines de semana, con un pick-up llamado el “Incontenible de Barranquilla”, hacían fiestas para celebrar las ventas de los dulces. Aquí se residenciaron dos años. Viendo Josefina que necesitaba un lugar propio, decidió comprar un patio (terreno) en el barrio de Cristo Rey. Ella relata su llegada a la ciudad y al barrio en los siguientes términos:

“Cuando llegué aquí a Santa Marta venía de San Pablo, corre-gimiento de María La Baja en Bolívar, llegamos en 1985. Yo llegué aquí con treinta personas. Y yo hacía cocada, traje un pick-up llama-se el ‘Incontenible de Barranquilla’. Un pick-up de mi propiedad mía con mi esposo, y yo hacía bailes. Aquí nadie sabía bailar, ni se ponían trenzas, ni le gustaba el dulce, ni sabían que era una terapia, ni un ritmo africano. Primero llegué a Gaira a la caseta de la sexta, que

no funcionaba, que estaba mala. Y yo llegué con mi pick-up y puse todo el movimiento, tenía 35 de cocadas que llegaron a las playas de El Rodadero, a Taganga, al Tayrona. Eso fue artesanía mía, de Josefina con el señor José Pérez, que es mi esposo [...] Vivíamos en Gaira, de allí en Gaira, me mudé al barrio la Paz. Allí en La Paz, llegué a tener un número de 50 vendedores. Vivíamos todos en una misma casa. Tenía 10 hombres que me ayudaban a hacer el negocio, que a partir el coco, que a partir el millo y tenía 35 vendedores, revueltos entre mujeres con hombres. Yo también tenía un pick-up, que se llamaba el 'Incontenible de Barranquilla'. Nosotros, los sábados, prendíamos ese pick-up y nos poníamos a bailar. Y todo el mundo: 'los negritos, los negritos!'... Eso era prácticamente era algo en conjunto, todos en una sola casa. De allí pasamos a Cristo Rey. Esto fue una invasión. Rafael Jaraba, me dijo: señora Josefina vamos para Cristo Rey, para que compre un terreno, para que usted haga una casa, para que no pague arriendo. Entonces nosotros vinimos. Aquí había terrenos a \$ 3.000, terrenos a \$ 4.000, terreno a \$ 10.000. El terreno más grande, donde uno compraba la limpia, allá arriba, donde yo tengo la caseta, ese me costó \$ 10.000 pesos. Y así, empezamos nosotros a comprar. Entonces, yo me hablé con un abogado, doctor yo quiero que usted me diga una cosa, ¿cómo están estas tierras, esto es del distrito?... El me dijo: 'tu puedes parar con toda confianza'. La primera casa que empezó fue la de acá, todo este bando fue la mía. Diagonal a la caseta, fue la primera casa que yo hice. Y de allí, la gente me fue cogiendo un afecto. Y yo hacía bailes, yo era las que hacías los bailes, yo era la que hacía las cocadas. Nadie se atrevía a hacer un baile. Entonces, cuando yo empezaba un baile y yo tenía más de 60 personas viviendo conmigo. Entonces, cuando en este sector hay una fiesta... ¡hay no, la caseta está llena!, pero éramos nosotros mismos y con eso la gente se entusiasmaba y ya. Nosotros estamos acá en este barrio, y está la vida de uno acá en Santa Marta. Y llegué rodeada de mis hermanos, primos y compadres y estos se trajeron más negros del pueblo y así se fue haciendo el barrio Cristo Rey. Cuando nosotros llegamos aquí en 1985, había una invasión, a mí me eligieron como presidenta de estos lados. Yo compré aquí con mi plata, no invadí, compré como treinta terrenos. Aquí fuimos haciendo casas cada una de mi gente. Hoy en día somos más de quinientos negros aquí en esta ciudad"¹.

Josefina iba cada 25 de enero a la fiesta patronal de San Pablo. Su presencia irradiaba la nueva vida que había encontrado con la venta de los dulces, materializada en la plata, ropa nueva y joyas que llevaba a su pueblo. Estando en el pueblo, iban donde ella personas buscando alternativas para salir del lugar: "Y de allí, cuando yo llegaba a mi tierra era parranda y fiesta, yo llegaba, los que estaban allá me decían: ¿Cuándo te vas?, me voy el 2, me voy el 3 de febrero; bueno yo me

1. Entrevista con Josefina Olivo, Cristo Rey, diciembre de 2003.

voy contigo, yo te vendo en Santa Marta, llévame... En ese son, me fui trayendo muchas personas de allá; personas que yo no he traído las han traído personas que traje yo y de allí fuimos llegando”².

A través de Josefina Olivo, se estableció lo que Peter Wade (1997) denomina una red étnica. Al contar con una “paisana” en esta ciudad, las personas iniciaron la migración en cadena hacia Santa Marta atraídas por las expectativas laborales. Una vez llegadas a la ciudad, eran empleados por Josefina para la distribución del dulce en diferentes playas y vivían con ella un tiempo prudencial. Los recién llegados eran inicialmente inmigrantes estacionales, regresando a su pueblo cuando podían hacerse de unos ahorros. Algunos de ellos, sin embargo, se fueron quedando. Josefina garantizaba que los *patios* (pedazo de terreno) fueran fiados a las personas. Estos *patios* iban pagándose en cuotas cada semana hasta terminar la deuda contraída. Así fueron construyendo sus casas y, con ellas levantadas, se insertaron aún más en la ciudad. Josefina los apoyaba para que hicieran sus negocios de dulces por sí solos.

Actualmente hay diversos motivos para llegar a la ciudad. El principal, en palabras de una mujer negra: “[...] En el pueblo come quien tenga su vaquita, su leche, su tierrita [...]”³. En la actualidad, la zona donde se encuentra el corregimiento de San Pablo, hace parte de los dominios de un grupo armado, por lo cual la gente ha empezado a irse del pueblo para otras ciudades de la costa como Santa Marta. Otro motivo, muy arraigado en los jóvenes y que ha provocado una fuerte migración juvenil, son las expectativas de vida que ellos encuentran en los contextos urbanos, en los cuales pueden trabajar en otras labores que ejercían en el pueblo: conocer, enamorarse, gastar y transitar en la ciudad. El pueblo es percibido, por la mayoría de los jóvenes como: “aburrido, allá uno se ahoga en tanto monte”.

El barrio de Cristo Rey se conformó como un núcleo negro por varios factores: el primero, se debe a la inserción de Josefina Olivo al contexto urbano de Santa Marta, a las actividades económicas que encontró en las playas de la ciudad. En las visitas que hacía a su pueblo en la fiesta patronal, ella encarnaba una vida de condiciones económicas ‘mejores’ de las que ofrecía el pueblo de San Pablo. Segundo, la facilidad de adquirir los *patios* por medio de la intermediación de Josefina pagándolos por cuotas, cuando la “plata era plata”, como hacen referencia al tiempo en el que obtenían mayores ingresos, incidió para que las personas accedieran y construyeran sus casas quedándose en la ciudad. Tercero, la red étnica (Wade, 1997) incidió para que las personas se movilaran, llegando a una ciudad donde encontrarían parientes que los ayudarían en los procesos de adquisición de viviendas y empleos.

Josefina Olivo abrió una nueva brecha en la migración, ya que a mediados de los años noventa inició un nuevo proceso migratorio en el departamento del Cesar, exactamente en el municipio de Aguachica, en el sur del departamento. Esta

2. Entrevista con Josefina Olivo, Cristo Rey, enero de 2005.

3. Entrevista con Mariluz Marimon, El Rodadero, 4 de octubre de 2004.

población, además de, Valledupar, es el segundo municipio de importancia en el departamento por sus actividades en la agricultura y la ganadería. Y la alta presencia de fábricas que se encuentra asentada en este lugar, dedicadas a las actividades del campo. Josefina y varios familiares, agobiados por sus necesidades económicas, se asentaron en esta población en los meses de baja afluencia turística en Santa Marta. Primeramente, alquilaron una casa donde todos vivían y comenzaron a conocer al pueblo y acercándose sus habitantes; luego empezaron a fabricar los dulces en el patio de la casa para salir a venderlos no sólo por las calles del pueblo sino también en los corregimientos cercanos y las poblaciones fronterizas de Ocaña, Convención, entre otras, en el departamento del Norte de Santander.

Tal fue su arraigo que Josefina compró una casa para habitarla en los meses que dejaba de trabajar en Santa Marta. Nuevamente Josefina movilizó a su familia más cercana al igual que a sus paisanos de Cristo Rey que viajaron con ella aprovechando la nueva oportunidad económica. Aunque ya Josefina dejó de viajar a Aguachica y vendió su casa, muchas personas se siguen trasladando a esta población, alquilando casa en los pocos meses de su permanecía.

No sólo los caminos se abrieron regionalmente para los habitantes negros de Cristo Rey, sino que una nueva brecha internacional se empezó a germinar en Venezuela. Aunque cabe decir que los habitantes de San Pablo ya tenían permanencia estable en este país, debido a dos razones fundamentales: el cierre del Ingenio Central Colombia –El Batey- a partir de los años setenta que provocó que muchos habitantes salieran del pueblo, encontrado trabajo por todas la Costa Atlántica, e incluso trasladándose fuera del país. El segundo factor de la migración a Venezuela lo desencadenó el crecimiento económico e industrial que trajo consigo la llegada del petróleo, haciendo que la vida en este país ofreciera mejores condiciones económicas que atraían muchos habitantes negros de Colombia.

Con la llegada de Josefina, se hizo más frecuente la migración hacia este país. Ella llegó buscando nuevos caminos para la venta de los dulces. Según ella, fue la primera en vender los dulces por las calles de Caracas. Las personas en Cristo Rey cuentan como en un principio la ponchera se convirtió en una “visa” cuando la guardia fronteriza los detenía en la frontera, y ellos les explicaban que iban a vender los dulces en Maracaibo, pero ya iban preparados porque debajo de sus ropas se ponían varias pantalones y camisas y los guardias les creían, pero jamás regresaban, solo volvían a los años ya con todos los papeles venezolanos en regla. Venezuela se ha convertido para muchos un país donde puede encontrar una solución económica cuando en Santa Marta escasean, unos vuelven a los meses, pero otros tardan años en regresar de nuevo al barrio de Cristo Rey.

El barrio donde la brisa se devuelve

El barrio de Cristo Rey está ubicado en el suroccidente de Santa Marta en la zona denominada comuna ocho. Su proceso de poblamiento se inició en los años setenta, cuando un grupo de personas comenzaron a invadir unos terrenos alledaños

a la Troncal del Caribe. Aunque estos terrenos supuestamente poseían sus dueños, estaban abandonados hacía años. Al inicio se construyeron las primeras casas de tablas y plástico. A medida que pasaba el tiempo, se fue lentamente organizado el barrio, se ordenaron las calles y las cuadrículas de las casas, se cercaron terrenos para la venta y, con “ayuda de los políticos”, se pusieron los primeros postes de luz (sin contar aún con el servicio de electricidad). El agua la obtenían de un pozo en la entrada del barrio, a pesar de que entonces tenía un sabor salobre. Este hecho es muy recordado por quienes iniciaron el barrio.

El barrio se comenzó a poblar de personas provenientes de muchos pueblos de la Costa Caribe y de otros lugares del interior del país. Aunque la primera zona poblada fue la de los terrenos aledaños a la carretera, al pasar los años, el barrio se fue extendiendo poco a poco a las estribaciones de los cerros de la Sierra Nevada de Santa Marta. De allí nacieron nuevos barrios como los de Villa Tabla, Los Lirios, Lirios Alto y las Tunas, entre otros. De esta manera, muchos pobladores escasos de recursos han podido encontrar una solución a su problema de vivienda.

Cuando empezaron las construcciones de las casas, el patio era motivo de conflicto con sus vecinos ya que los niños de ambas casas tiraban basura para todo los lados, ensuciando el patio de los vecinos. Con la delimitación de los patios se acabaron estos problemas. Las casas de muchas personas nunca están terminadas del todo. Dependiendo de los ingresos de las temporadas se van haciendo algún arreglo a la vivienda como la construcción de un cuarto, la colocación de baldosas en el piso o el cambio de puertas, entre otros. En la actualidad, predominan las casas cuya fachada y estructura interna se encuentran en “obra negra”, esto es, sin acabados en la fachada y pintura.

Las casas son adecuadas con la temporada. Es así como en tiempo bueno se pueden adquirir algunos enseres que hacen falta en ellas como camas, colchones nuevos, y abanicos entre otros. Los patios de las casas no han perdido el contexto rural de su pueblo, ya que son de cierta forma reproducidos: son amplios y se pueden encontrar crías de gallinas y siembra de árboles frutales como el mango y la guayaba. Además, siembran ahuyama, yuca y otros tubérculos. Las siembras son realizadas por los hombres para el sostenimiento de sus hogares. Sus casas son hogares abiertos donde cualquier amigo puede entrar y utilizar el baño, abrir la nevera, tomar agua, sentarse un rato para charlar un poco para luego seguir su camino.

Vivir en el barrio es como si estuvieran en su pueblo: “es como vivir en San Pablo, pero aquí hay más blanco”, me expresó una mujer al percibir el barrio. Las jornadas laborales son largas y agotadoras. Al regresar de las playas, las mujeres se sientan en las puertas para descansar. Los hombres se reúnen en cualquier esquina como la de la caseta donde hablan y juegan dominó. Las mujeres negras se visitan, se sientan en una mecedora hablan un poco y siguen su camino a sus casas. Al regresar a las casas, no todo es descanso: las mujeres lavan la ropa y cocinan y dejan todo listo para el día siguiente.

Mientras las personas trabajan en las playas, muchos hogares quedan bajo llave al cuidado de sus vecinos. Si las personas tienen niños pequeños hacen uso de

la red de amigos y parientes, aunque deben pagar su cuidado. Al salir a trabajar tienen que dejarles la comida del almuerzo y cuando regresan de la playa pagan el día del cuidado. Esta situación de cuidar niños pequeños se ha convertido en una fuente de empleo para mujeres jóvenes negras. Entre algunas madres hay una fuerte preferencia de buscar mujeres blancas para cuidar los niños, debido a que consideran que sus “paisanas” no los cuidan muy bien.

La cotidianidad la rompe las llamadas telefónicas de sus parientes que habitan en el corregimiento de San Pablo y de las ciudades de Venezuela. Estas llamadas son realizadas en las horas de la noche en los pocos teléfonos que se encuentran en los hogares de la gente negra. Al recibir las llamadas, los niños de la casa salen corriendo a avisar a las personas que solicitan al teléfono. Madres que esperan una llamada de sus hijos para saber si ya les enviaron las medicinas que en Venezuela se consiguen más baratas, esposos que esperan las llamadas de sus mujeres que venden dulces por las calles de Caracas o simplemente personas que llaman para enterarse cómo están sus parientes. Venezuela se ha convertido en un lugar donde la gente negra encuentra más facilidades económicas que ya han empezado a escasear en esta ciudad, porque en Venezuela la cocada no se conoce.

La relación con quienes no son sus paisanos es ausente y casi siempre se limita algún saludo y algunos comentarios de vecinos que no trasciende de allí. Las mujeres mandan a prestar ollas o cualquier otro elemento a sus vecinas negras que viven en otras calles del barrio, conservando amistades que dejaron en su pueblo y volviendo a encontrarse en un nuevo lugar. Tanto los hombres como las mujeres visitan a sus amigos en otras calles durante los días que no salen a trabajar. De esta forma las redes se mantienen y se consolidan. Los niños que asisten al colegio del barrio han logrado tener amigos blancos en el colegio.

Las personas socializan en fiestas de cumpleaños, en las cuales se invita a la mayoría de los paisanos, se toman bebidas alcohólicas, se baila y habla hasta la madrugada. También es importante la caseta de Josefina, la cual se ha convertido en un lugar que reúne a las personas en los días de fiestas y feriados. Allí se baila champeta y se bebe toda la noche. Entrar a la caseta es encontrar muchas caras negras que descansan de las largas jornadas laborales, es un sitio muy poco visitado por la gente no negra del barrio. En la caseta se realizan competencias de reggaetón entre las niñas para saber quién baila mejor. También es un sitio para enamorarse y encontrar pareja.

Las relaciones de pareja y maritales parecen estar transformándose en Santa Marta. Las mujeres comentan que en San Pablo, a pesar de la pobreza y los problemas, los hombres respondían con sus hogares pero que al llegar a la ciudad ya no lo hacían. Algunas se lo atribuyen principalmente al dinero: “es que aquí cuando ellos manejan y cogen plata todos los días, ellos se dañan”. Muchas mujeres han tenido que tomar las riendas de sus hogares y satisfacer todas sus necesidades con lo que ganan en las playas. No obstante, hay parejas que han permanecido unidas en la ciudad, que han logrado construir sus casas y educar a sus hijos. Las primeras parejas llegadas al barrio venían de su pueblo unidas por el matrimonio católico. Al contrario, las parejas formadas más recientemente viven en unión

libre, siendo muy pocas las que llegan a establecer sus uniones oficialmente.

Los jóvenes negros, cuando deciden vivir con alguna mujer, la llevan a la casa de sus padres. Allí vivirán un tiempo prudencial hasta cuando logran conseguir alguna pieza y pueden mantenerse por sí solos. La red parental está muy debilitada y fragmentada. Así se puede encontrar dentro del barrio familiares que se ayudan mutuamente ante cualquier necesidad que se les presente, pero existen otras donde el contacto familiar es muy limitado. En algunos hogares, se encuentran parientes a quienes se les está brindando un espacio mientras buscan una mayor estabilidad e inserción laboral en el medio urbano. También el uso de la red de parientes es un factor importante en los meses de la temporada alta, cuando el barrio se llena de primos, tías, compadres que llegan de San Pablo a trabajar temporalmente en las playas. Ellos se hospedan en la casa de sus familiares y ayudan en las necesidades de los hogares. No obstante, no es extraño que a los parientes que llegan se les alquile un cuarto. Igualmente se puede encontrar dentro del barrio a familias blancas que alquilan cuartos a personas negras, quienes a pesar de poseer familiares en el barrio se no se hospedan con ellos por conflictos o por no molestarlos.

En la vida de la gente negra del Barrio Cristo Rey, en su mayoría sanpableros, va cada año a la celebración de la fiesta patronal: cada 25 de enero. Sin embargo, ellos no son los únicos en asistir, ya que esta celebración moviliza a sanpableros que residen en Barranquilla, Bogotá, Maracaibo y Caracas. “San Pablo, consígueme mi peina’o”, exclamo una trenzera que no había elaborado ninguna trenza en todo el día. Así es la manera como se expresan las personas de este santo, invocado para solucionar problemas de su diario vivir en Santa Marta. En Cristo Rey, el santo se encuentra en fotografías enmarcadas en las paredes de las viviendas de las personas en medio de otras que recuerdan y hacen alusión a bodas y bautizos.

Para la gente del barrio Cristo Rey, volver a su pueblo implica prepararse económicamente. Regresar supone innumerables gastos, como la compra de ropa nueva y regalos para sus parientes. Como la celebración coincide con la terminación de la temporada económica de diciembre y enero, las personas ahorran durante estos dos meses lo necesario para el regreso. Sin embargo, las personas ven en esto un dilema ya que deben decidir si viajar o gastar el dinero obtenido en la reparación y terminación de sus viviendas.

En tiempos pasados el deseo de ir a la celebración hacía que las personas se reunieran para alquilar buses urbanos, y así poder realizar un viaje directo y sin escalas al pueblo de San Pablo. El bus partía el mismo día de la celebración del santo. Las personas se comunicaban entre sí para saber quién estaba organizando el viaje y pagarle el tiquete.

Otras personas viajan con varias semanas de anterioridad para aprovechar más días para estar con sus familiares en el pueblo. El regreso se puede iniciar individualmente o en grupos. En algunas familias, los hijos mayores se irán primero, les seguirá su madre con los niños pequeños y por último el padre. Las viviendas de quienes viajan son recomendadas a parientes y paisanos que se quedan en Santa Marta. Si viven al lado estarán pendiente de ella, si no dormirá

algún pariente por las noches en la vivienda.

Unas semanas antes del día de la celebración, las personas se muestran entusiasmadas comentando hasta los mínimos detalles. Para entonces se sabe quién irá, quién no y por qué, a quién le fue bien en la temporada y va bien preparado. Los que vuelven se preparan para el anhelado viaje: compran los regalos para sus parientes, reciben paquetes, cartas y secretos destinados a los familiares de quienes no regresan, se alista el vestido para la procesión y, sobre todo, se preparan económicamente.

Existen dos grandes motivaciones para iniciar el viaje. De un lado, el regresar significa un descanso después de laborar en la temporada que termina. El pueblo es percibido como *bueno para fiesta*. Así que, es además de encontrarse con sus familiares, constituye la oportunidad de bailar, embriagarse y disfrutar de los toros (corralejás). Estas últimas son uno de los principales incentivos para que los jóvenes inicien el viaje, anotando que: “voy pa’ los toros en enero. Voy a mantear”.

De otro lado, se regresa para pagar las *mandas* (promesas) realizadas por las personas que han solicitado un milagro. En las *mandas*, se le ofrece al santo caminar en la procesión descalzos o sin camisa si cumple la petición realizada. Algunas de las peticiones consisten en la salud de un niño, por lo cual sus padres o algún familiar le pueden prometer al santo caminar con el niño en hombros o de espalda durante todo el recorrido de la procesión. Si el milagro consiste en curar alguna parte del cuerpo, las personas compran pequeñas figuras de las partes de la zona que ha sido sanada: un brazo, una pierna, un corazón, entre otras. Una vez en el pueblo, se irá unos días antes de la procesión a la iglesia para colocarle en el cuello del santo la figurita, muestra visible que la petición ha sido realizada.

Desde el mismo momento que ponen un pie en tierra, los recién llegados son abordados por personas que necesitan saber sobre sus familiares o amigos que residen en Santa Marta, pero les prometen visitarlos una vez que estén descansados del largo viaje para hablar de ello. Al llegar a la casa de sus familiares, son recibidos con entusiasmo. Repartirán lo que han traído: ropa para sus padres o sobrinos, la comida para ayudar en la alimentación durante su estadía, y otros regalos como electrodomésticos y joyas.

En los siguientes días se visitan a los paisanos y amigos, distribuyendo las encomiendas (ropa, cartas, dinero, entre otras) que traen de Santa Marta. Dentro las encomiendas están los *secretos*⁴ o *razones*, que son transmitidas sólo a quien ha sido designado por quien lo manda. Estos *secretos* se pueden referir a noticias sobre malas condiciones económicas, conflictos matrimoniales o enfermedades. “Vamos donde la mamá de la vecina que tengo que hablar con ella”, me dijo una señora en San Pablo. Al llegar a la casa, fuimos recibidos con entusiasmo y, después de unos “cortos saludos”, nos ofrecieron un sancocho de cerdo y una botella de aguardiente que pasaba de mano en mano entre los presentes. Nos apartamos del grupo y mi amiga, la cual me permitió estar allí, empezó diciendo que tenía que comunicarle

4. Los secretos pueden ser orales o escritos en pequeñas hojas de papel, pero por lo general son orales.

una *razón* de su hija. Le mandaba a decir que no se entendía con su marido, que estaba harta de él y que la plata de su trabajo en la playa no se veía. Su madre recibió la *razón* alarmada y después de un rato, le mando a decir que “su marido era de ella y que si no le servía ya sabía qué hacer...”

De esta manera, para enviar un mensaje confidencial se apela a una red que involucra a las personas que regresan al pueblo y que permite estrechar los lazos familiares que se han debilitado por vivir en otras ciudades, haciéndoles partícipes de las contrariedades y conflictos a los que se ven enfrentados. También se visitarán a las personas para dar un pésame a los familiares de una persona fallecida, disculpándose por no haber vuelto para acompañarlo en su dolor.

San Pablo es un santo blanco de barba negra, con sombrero vueltia’o y túnica verde con un mantón amarillo en sus hombros. En su mano derecha lleva un bastón de madera y en éste una serpiente coral enroscada, mientras que en la izquierda sostiene una biblia. De acuerdo con muchos sanpableros, San Pablo apareció en el mismo momento en que se fundó el pueblo.

En la tradición oral, se cuenta que en una ocasión el santo de madera fue atacado por termitas, por lo que lo pusieron detrás del altar en la iglesia vieja reemplazándolo con una imagen del santo en yeso. Esa noche el pueblo sintió un escándalo en la iglesia, encontrando a la mañana siguiente el santo hecho en yeso en mil pedazos en el piso de la iglesia y al de madera no sólo estaba en su lugar sino que se había reparado por sí solo. También se dice que la culebra que tiene enredada en el bastón, sale en los días de fiesta impidiendo a los hombres que van a trabajar al monte por temor a su mordedura.

El 25 de enero, el día de la celebración del santo, los recién llegados asisten a misa en las horas de la mañana. Una vez terminada la eucaristía, se celebran los bautizos. En su gran mayoría, los padrinos de los niños que se bautizan son los recién llegados así como quienes bautizan este día a sus niños pequeños traídos de Santa Marta. Una vez concluidos los bautizos en la iglesia, se trasladan a la casa de los padres o familiares del niño, para la celebración. En las horas de la tarde se espera la procesión.

Al caer la tarde, alrededor de las cinco, la procesión sale precedida de una banda musical, seguida del padre y sus acólitos, quienes van vestidos con un atuendo similar al del santo. Los sigue el santo cargado por sus feligreses y detrás van caminando los creyentes con velas encendidas. Durante la celebración, los hombres tratan de cargar al santo, consiguiéndolo si son capaces de enfrentar eufóricamente a quienes también quieren hacerlo. El punto máximo de la procesión es cuando llega a la calle central o calle del medio. Allí las personas lo esperan y, en honor al santo, se lanzan cohetes. En este momento, la gente empieza a bailar en honor al santo y lo hacen bailar durante el resto del recorrido.

La procesión de San Pablo llega a la iglesia cerca de las nueve de la noche, después de haber sido llevado en hombros por todo el pueblo. Antes de entrar, se le da vuelta para que entre a la iglesia de espalda y pueda despedirse de quienes

lo han acompañado. El santo es colocado en una mesa dentro de la iglesia, y enseguida se le abalanzan las personas para poder tocarlo y pasarle pañuelos para secarle el sudor de la cara, ya que se dice que suda. Luego se pasaran el pañuelo por alguna parte del cuerpo que necesite alguna cura. Se le arrancan las flores y se le presentan los niños recién nacidos para que lo besen. Es también el momento en el que otros aprovechan para tomarse una fotografía con el santo.

Una vez terminada la procesión, en la plaza de la iglesia se presentaran las danzas a cargo del grupo *San Pablo Bendito*, mientras la banda tocaba fandango para bailar. También esta noche y las siguientes se organizaron las casetas que traen pick-up de otras ciudades. Las personas asisten a estas casetas y se baila champeta durante toda la noche.

Al día siguiente, el 26 de enero, se celebrara la feria agropecuaria exhibiendo caballos y diferentes razas de ganado. En las horas de la tarde se eligió la capitana de las fiestas. Las participantes desfilan en carrozas tiradas por caballos, eligiendo la capitana en la plaza de la iglesia. También se realiza cabalgatas y carreras de caballos por la Calle del Medio. Aquí las personas asisten en grandes cantidades, se toma y se apuesta a los caballos que participan.

Las corralejas o *toros* se celebran hasta el 30 de enero en un campo abierto en las afueras del pueblo. Es un escenario cerrado, con palcos o garitas en madera que albergan a los espectadores, quienes disfrutan gritando y bailando al sonar de la banda de músicos, mientras observan una cantidad de muchachos y hombres (algunos vestidos de mujeres, para hacer reír), que luchan para poder mantear al toro que con furia circula por todo el corral.

Entre gritos y música del fandango, se anima a los jóvenes para que se introduzcan dentro del corral a mantear y lidiar al toro. Debajo de los palcos se vive otra fiesta. Entre sillas, mesas y borrachos, las personas bailan y toman durante las horas que dure la corraleja. Sin darle importancia alguna a que sobre sus cabezas la estructura de madera vibre por la celebración de los toros. Es toda una feria: paisas con sus juegos de azar, indígenas zenúes vendiendo sombreros vueltia'o y venta de fritanga de todas las carnes posibles... Con los *toros* se clausura la fiesta patronal del corregimiento de San Pablo. Según la gente negra que proviene de la ciudad de Santa Marta, cuando no se celebran *los toros* las personas no se preocupan por regresar, ya que se consideran que las fiestas patronales sin *toros* son *malas*.

El 25 de enero coincide con el cumpleaños de la señora Josefina Olivo. Ella nació cuando la procesión salía de la iglesia. Josefina tiene varios años que no regresa al pueblo para la fiesta patronal. Al no volver, celebra su cumpleaños en la caseta "Josefina", de su propiedad. Las personas que no regresan al pueblo, participan de la celebración del santo y del cumpleaños en esta caseta. Se coloca el pick-up, se baila y se toma hasta la madrugada.

La gente que se queda en el barrio, expresa que no es lo mismo celebrar aquí

ya que no se siente ni se goza de la misma manera a como lo harían en el pueblo. En los siguientes días hasta el 30 de enero, se organizará en la terraza de cualquier casa una “parranda” (reunión informal), y al acabarse la botella los asistentes se organizan entre ellos para comprar otra. A esta parranda únicamente asisten hombres. Las mujeres asisten en su gran mayoría el 25 de enero a la caseta.

El barrio de Cristo Rey de Santa Marta los que no pueden volver, celebran este día en la caseta “Josefina”. Coincidiendo con el cumpleaños de Josefina Olivo, esta noche se está de fiesta madrugada, se recuerda la vida en el pueblo y las personas que lejos se encuentran. A partir del 30 de enero y en los días siguientes, la gente comienza a retornar. Cantidades de parientes de quienes viven en Santa Marta visitan a los que regresan entregándoles cartas y alimentos (yuca, ñame, auyama, huevos criollos y plantas medicinales). Las personas los reciben, prometiendo repartir estas encomiendas cuando lleguen a la ciudad.

A su regreso al barrio, son visitados por paisanos que se quedaron. En este momento se les entrega alguna carta u otro tipo de encomienda, si la hay. En estas visitas se aprovechan para saber de sus familiares del pueblo. También se averigua por la fiesta, cómo estuvieron los *toros*, a quién vieron más borracho, quién tuvo su *vacilón* y escapada en el pueblo... etc. No solamente hay encomiendas para las personas que residen en el barrio Cristo Rey, sino también para las de otros barrios por lo que llegan sanpableros a visitar a sus paisanos.

Para los sanpableros que residen en Santa Marta, la celebración patronal es un medio para preservar y consolidar las relaciones parentales y vecinales que se dejaron atrás al salir del pueblo. De este modo, no rompen con la vida de su pueblo y se teje una red étnica (Wade, 1997). Estas redes pueden tener alcances regionales y transnacionales. Las redes regionales se instrumentalizan con la solidaridad económica y material de sanpableros que residen en otras ciudades de la región Caribe, que no olvidan a su pueblo y vuelven cada año para la celebración patronal. Este apoyo también puede ser político. La primera ocasión en que se materializó en términos electorales fue en el 2000, cuando se lanzó a la alcaldía del municipio de María la Baja el señor Sigilfredo Morales, nativo del corregimiento de San Pablo. Por primera vez un sanpablero aspiraba a la alcaldía. Su candidatura fue apoyada por una líder negra del barrio Cristo Rey, quien viajó con más de ochocientas cédulas de residentes del barrio para que fueran inscritas en el pueblo. La segunda ocasión, sucedió en el 2003, cuando se postuló a la alcaldía de María la Baja, la señora María Blanco, quien también fue apoyada por los líderes del barrio. En las dos candidaturas, los aspirantes de la alcaldía de María la Baja han mandado buses a Santa Marta para que la gente negra del barrio Cristo Rey pudieran trasladarse al pueblo para poder votar. Por su parte, las redes transnacionales en las que participan los sanpableros incluyen las ciudades de Venezuela. Este país y su riqueza basada en el petróleo han atraído a los sanpableros que han emigrado desde los años setenta. Los que residen en este país no han perdido el contacto con San Pablo, enviando ayudas para la construcción de la iglesia y manteniendo vínculos con los habitantes del barrio Cristo Rey.

Inserción económica

En San Pablo, las actividades económicas para los hombres consisten en la ganadería y la agricultura, como parceleros o jornaleros, en las muchas haciendas que se encuentran alrededor del corregimiento. Las mujeres se dedican al cuidado del hogar y, un pequeño grupo, se emplean en casas de familia en Cartagena y Venezuela. Al emigrar a Santa Marta, las actividades cambian. En Cristo Rey, donde no pueden dedicarse a las labores que realizaban en el pueblo, las principales actividades son las que genera el turismo. La gente negra trabaja principalmente como vendedores ambulantes en El Rodadero y otras playas cercanas a la ciudad.

Las actividades económicas dependen del turismo, de acuerdo con las temporadas alta o baja. Las temporadas inciden fuertemente en el rango y ritmo de las actividades que realizan en la ciudad. Se llama *temporada* a los meses del año en que hay una gran afluencia de turistas en las playas de la ciudad, estos meses coinciden en el tiempo de vacaciones. Hay dos clases de temporadas: alta y baja. La temporada alta comprende las vacaciones de final de año (noviembre, diciembre, enero y principios de febrero), las de semana santa y las de mitad de año (junio y julio). La temporada alta también se le conoce entre las personas negras como *tiempo bueno*, haciendo alusión en que estos meses en que más se trabaja y se obtiene ganancia de El Rodadero. Son meses para gastar, pagar deudas y ahorrar; lo cual se refleja en la vida de las personas con la compra de ropa, arreglo de la casa. La vida en el barrio también se siente diferente en las temporadas altas, ya que en cualquier celebración como los cumpleaños se gasta mucha cantidad de dinero en la fiesta, los hombres tienen con qué tomar más los fines de semana en la caseta. La temporada alta también trae sus conflictos debido a que ante la mayor ganancia de dinero se incrementan los problemas familiares porque los hombres se gastan el dinero bebiendo y en aventuras amorosas por fuera del hogar.

En contraste, la gente negra llama *tiempo malo* a la temporada baja porque la percibe como la época de pocos turistas en las playas, lo que ocasiona una drástica caída en sus ingresos. Son los meses para vivir de lo que pudieron ahorrar durante la temporada alta, para dejar la trenza y los dulces y dedicarse a otras actividades como la venta de aguacate o la construcción. También es la época para salir del barrio, recorrer algunos pueblos del Magdalena donde los dulces no se conocen y viajar a Venezuela donde algún miembro del hogar, para dedicarse a vender dulces por las calles de Caracas y Maracaibo, volviendo en la temporada alta. Muchos hogares sobreviven de los que se pueda conseguir, viviendo con entre \$ 3.000 y \$ 5.000 pesos diarios. Una ayuda para solucionar los problemas de dinero mientras dura la temporada baja consiste en obtener un “paga diario”, esto es, un préstamo de cierta cantidad de dinero que se cancela todos los días de acuerdo a una cantidad asignada por el cobrador. Con esta forma de préstamos muchas mujeres solas con sus hijos han encontrado solución a sus problemas, pagando el préstamo con lo que consiguen en las playas en las temporadas altas.

Para trabajar como vendedor ambulante en las playas se necesita portar un

carnet que los identifique como tal, el producto que ofrece y la jornada laboral. Para la gente negra, el trámite del carnet está a cargo de la líder del barrio que lo hace en nombre del Movimiento Cimarrón, por lo que los vendedores le entregan la fotocopia de la cédula y del pasado judicial más el dinero de la asociación al movimiento. Ella se encarga de llevar los documentos a la oficina de la Secretaria de Gobierno del Distrito de la Alcaldía de la ciudad. Los trámites del carnet son realizados cuando se acerca el término de su vencimiento.

Otro requisito para trabajar en las playas, es el uso de los chalecos. El chaleco tiene como fin identificar a los vendedores ambulantes. Los chalecos de la gente negra son iguales a los otros vendedores, con la única diferencia que llevan el logotipo del Movimiento Cimarrón -unas manos unidas-, el nombre de Cimarrón y el nombre del vendedor. Sin embargo estos chalecos con el logotipo de Cimarrón son usados por otros vendedores no negros en la playa.

La hora de llegada para empezar a trabajar en las playas varía. En las temporadas altas la jornada empieza desde muy tempranas horas, mientras que en las bajas la jornada comienza un poco más tarde. En temporada alta, la gente negra se levanta muy temprano y sale a trabajar, cogiendo un bus a la entrada del barrio y llegando a la playa antes que el sol se caliente. Una vez que están en las playas, las mujeres se reúnen y comentan los acontecimientos de las diferentes calles de Cristo Rey, de sus casas, la llegada tarde de sus maridos, qué hijo no quiere estudiar o qué hicieron de comida la noche anterior. Allí también se encuentran con mujeres negras de otros barrios donde los sanpableros residen, enterándose de situaciones de otros paisanos y acontecimientos de otros barrios.

Una vez que han conversando, salen en grupos de dos a caminar en busca de sus posibles clientes. Las mujeres tienden a trabajar juntas para apoyarse mutuamente en casos que no se dé abasto con varias clientes; de igual forma ayudan a otras mujeres en darle trabajo cuando el turista necesite otro servicio como los masajes del cuerpo. La masajista le devolverá el favor cuando a ella le pidan la hechura de unas trenzas, buscando a su amiga la que una vez le dio trabajo. Las mujeres jóvenes son las que más interactúan con otros vendedores blancos, en su mayoría hombres. Ellos también las buscan cuando un turista requiere algún servicio de trenzas o masajes.

Los hombres tienden a caminar solos, sin embargo se reúnen varios cuando se sientan a descansar en cualquier banca o andén. Allí se informan dónde están los turistas que más han comprado, para que después lleguen donde ellos sus paisanos o comentando cualquier situación adversa que le haya ocurrido en el día. No son dados a tener amigos entre los vendedores blancos, aunque tienden a conocerse y saludarse de una manera formal que no se extiende de allí.

Las mujeres negras tienden a abordar al turista con palabras que le llaman la atención, a lo que se denominan conquistar. Estas palabras deben ser muy convincentes, y en general mezclan comentarios picaros y de doble sentido con cualidades de los productos o de los servicios que ofrecen a los turistas. Josefina

Olivo cuando vendía dulces, lo realizaba de la siguiente forma:

Yo decía: “Alegría la que da la fuerza en el palo, muchachos agarrame la cocada que la tengo grande. Entonces como yo salía con eso, la gente se reía, me miraba y me compraba. Había señores, unos que decían cuando yo decía: ¡Bueno, vean, estos es lo que da la fuerza en el palo. Había uno que decía: ¡bueno negra, ya no sigas vendiendo, cállate la boca que yo te la compro toda. Por eso motivo me conocían. Había niñitos que decían ¡Mami allí viene la parapalo! ¡Mami esa es la parapalo!”⁵.

Esta forma de vender se ha reflejado en otras mujeres y se ha consolidado como una estrategia de venta. Los hombres no son dados a *conquistar* a los turistas, más bien ofrecen sus productos mostrándolos y si no lo compran siguen caminando. Las mujeres perciben la forma de venta de los hombres como muy *seca* y muchos hombres dicen que las mujeres consiguen más dinero.

A la hora de almuerzo se tienden a reunir las mujeres, las cuales tienen su lugar para almorzar. El almuerzo se lo compran a la misma vendedora que conocen por muchos años, permitiéndoles asegurarles los almuerzos aun cuando no han conseguido nada de dinero en todo el día. Por su parte, los hombres algunas veces se reúnen a comer, pero no en grandes grupos como hacen las mujeres.

Las jornadas son largas y agotadoras. La gente negra tiene que someterse a que no se les permita sentarse afueras de los restaurantes, ya que “pueden espantar a los turistas”. De igual forma los policías tienden a requisarlos y capturar a los vendedores ilegales que no poseen sus carnets en las playas, sobre todo en la temporada alta.

Tanto los hombres como las mujeres se dedican a la venta de productos y servicios, pero sus actividades tienden a diferenciarse por género. Las principales actividades de los hombres negros son la venta de cerveza, refrescos y de ropas de playas. También algunos han incursionados en la venta de collares y ensaladas de frutas. Las actividades realizadas por las mujeres son la hechura de trenzas, masajes y la venta de dulces. Además de los dulces, las trenzas, los masajes y los *trapos* y cervezas, hay otras actividades de la gente negra del barrio Cristo Rey, como es la venta del aguacate, la construcción y la poda de los árboles. Estas actividades en su gran mayoría se realizan en temporada baja, volviendo a las playas cuando inician el tiempo *bueno*. Sirven como un medio para subsistir por unos meses a la carencia de dinero en muchos hogares durante los meses que ellos perciben como *malos*.

Las actividades económicas realizadas por la gente negra son un medio para subsistir en esta ciudad. Por medio de sus paisanos, en lo que Wade (1997) ha denominado la red étnica, adquieren trabajo, se ayudan mutuamente y se colaboran para subsistir. Estas actividades los hacen visibles por su asociación al turismo, considerando estas actividades como de negros.

5. Entrevista con Josefina Olivo, Cristo Rey, octubre de 2004.

Carmen Canaval Olivo: Una experiencia urbana

Son las cinco de la mañana, miro la hora en el celular, me he levantado al llamado de la naturaleza, pero al levantarme de la hamaca miro en el suelo varias colchonetas y personas durmiendo debajo mío, ¡por dios dónde me he metido!; el trabajo de campo no es hacer visitas todo el día en el barrio Cristo Rey, me dijo un profesor en una conferencia sobre la situación de la Antropología en Colombia. Pero ya ven, aquí estoy tratando de desarrollar el trabajo de campo. Entro al baño y al salir me siento en un banco, observo todo a mí alrededor, las personas sí son extrañas al dormir.

Los recuerdos me atacan de nuevo, me acuerdo del profesor Luís Guillermo Vasco, de sus clases extenuantes en las cuales no se sentaba ningún minuto. En una de ellas nos contó cómo en su trabajo con los emberas chamis en las montañas de Risaralda, nos cuenta que él dormía plácidamente en una choza indígena, sin percatarse a lo que alrededor acontecía. De repente él siente una pequeña sensación como si algo o alguien lo tocara. Al abrir sus ojos observó cómo un pequeño niño embera lo había tocado, y al sentarse se dio cuenta que a su alrededor había mujeres y hombres sentados en el piso de madera, él notó que llevaban horas viéndolo dormir. Él se dirigió a nosotros y nos dijo que si creemos que los antropólogos son los únicos que observan estamos equivocados, las personas también nos observan: cómo actuamos, cómo somos, qué hacemos allí...etc. Ni me lo digan a mí, ya hay varios que me han observado durante mi trabajo.

Se me ha quitado el sueño, es mi primera vez que me quedo en este barrio; estoy muy agradecido con la señora Carmen por abrirme la puerta de sus vidas. Mientras pensaba en otras cosas, Doña Carmen se ha levantado. Es domingo y estamos en plena temporada baja. Sin embargo, mañana es festivo, seguro que la playa se llena hoy. Me toca el hombro y me dice que me levanto muy temprano. Yo sonrío, me invita un café y empezamos hablar.

Carmen Canaval Olivo nació en el corregimiento de San Pablo. Allí creció y se desarrolló como una mujer, en este pueblo conoció desde niña su marido. En un principio, y por muchos años vivieron con los padres de Carmen. Sin embargo era una pesadilla, no por sus padres, sino por sus hermanos y hermanas que al unirse con sus compañeros se residenciaron también en la casa de sus padres. Recuerda que era un despelote preparar las comidas y al dormir no había privacidad para nadie.

En los años ochenta, su prima Josefina Olivo llegó a visitar, al observarla lucía diferente, tanto exterior como interiormente. Se veía cambiada, ya no era la misma. Al oírle hablar sobre Santa Marta, Carmen se dio cuenta que era la oportunidad que ella había esperado siempre. Josefina se la trajo con su marido, vivieron en ese entonces en el barrio La Paz. Carmen recuerda con risas las incomodidades que pasaban a la hora dormir: hombres y mujeres tirados sobre

cartones en el suelo.

En Santa Marta estuvo un mes, dedicándose a la venta de dulces en las playas y algunas calles de la ciudad. Al finalizar el mes, regresaron a San Pablo con un buena cantidad de dinero que habían logrado reunir. Los meses pasaron y viendo que podían solucionar sus problemas económicos, decidieron emigrar a Santa Marta con toda su familia, conformada por cuatro hijos: dos varones y dos hembras, y una hija más, criada en el seno del hogar, hija de una hermana de Doña Carmen, la cual emigró a Caracas Venezuela y no se ha vuelto a saber nada más de ella.

Llegaron a la ciudad a principio de los años ochenta, se instalaron todos en un cuarto alquilado en una casa en Cristo Rey. Todos empezaron a trabajar, tanto mayores como niños, vendiendo dulces de Josefina en las playas y en las calles de la ciudad. Al mejorar un poco situación económica, accedieron a un lote de terreno, en el cual construyeron una pequeña pieza para todos los miembros de la familia. Con unos ahorros necesarios empezaron ellos mismos la fabricación de sus propios dulces en el patio de su pequeña vivienda. Con el tiempo, mientras los ingresos aumentaban, fueron añadiendo a la pequeña pieza las partes faltante de una casa; primero construyeron otra pieza, un baño, después una sala, comedor y una pequeña cocina, por último cerraron el patio con unas láminas de zinc.

Los años han pasado, sin embargo, la casa de la familia aún está sin terminar. Doña Carmen me comenta que su sueño es poder tener una ventanas y no colocar unas sabanas todas las noches para cubrir los grandes ventanales que dan hacia la calle, terminar la cocina, con su piso y todos sus arreglos, colocarle rejas a la terraza y, por último, hacer un pequeño apartamentico en la afueras de su patio.

Sus vidas no han sido fáciles. Carmen cuenta cómo en un principio colocaron a sus hijos en la escuela del barrio, pero uno tras otro fueron abandonando la escuela. Su hija mayor se ha quedado corta de estatura, parece una mujer en un cuerpo de una niña. Han tenido dificultades con ella porque no quiere trabajar sino es al lado de Carmen. En otras ocasiones, se dedica a cuidar niños pequeños de madres que trabajan en las playas.

Su segunda hija, salió embarazada de un hombre de San Pablo, emigrando a la ciudad de Barranquilla. Sin embargo, regresan todas las temporadas altas para trabajar: ella como trenzera en la playa de El Rodadero y él como vendedor de ensaladas de frutas con su suegro y sus cuñados en la Playa Blanca. Tiene dos niñas. El tercer hijo se llama Abel Enríquez, Doña Carmen le dice mi Gordón. Siempre anda muy pendiente de él, de su comida, ropa, de ubicarlo siempre cuando se desaparece, entre otras atenciones. Un poco pasado de kilos, aunque muy acuerpado, trabaja como vendedor de dulces en la playa Blanca, pero en las temporadas bajas se dedica a vender aguacates por las calles de la ciudad.

Abel está casado con Libeth, una masajista de padres sanpableros residentes en Barranquilla. Ella venía todos los fines de semana y temporadas altas a trabajar en la playas, quedándose donde una tía. Cada vez que había fiesta en la caseta, ella asistía. Allí conoció a Abel, con quien estableció un noviazgo corto y del que

Litbet resultó embarazada. Abel la llevó a la casa de sus padres, estableciéndose en un cuarto de la casa. Meses más tarde, y con la barriga muy pronunciada, decidieron casarse en la catedral de la ciudad. A la celebración asistieron la mayoría de familiares, paisanos y amigos de la pareja. Una vez terminada la conmemoración, volvieron al barrio para la celebración en la casa de los padres de Abel. Allí la fiesta duró toda la noche y, por varios días, comieron un cerdo asado que los parientes de sus padres provenientes de San Pablo habían traído. Meses más tarde, en diciembre, la hermana de Abel y su marido que permanecían hacía años en unión libre, se casaron por lo católico. Nuevamente sus padres le realizaron una gran fiesta que duró varios días y sus parientes volvieron a venir al pueblo, ya no con un cerdo sino con una res.

Según Libeth, la relación con Abel aunque comenzó con el pie derecho, se le había salido un poco fuera de control, debido a las muy frecuente salidas de su esposo a la casetas y fiestas del barrio. Ella se quiere ir para su ciudad a vivir con su madre y su hermana. Como cuenta con el bachillerato completo, quiere seguir el ejemplo de su hermana que estudia en una universidad Administración de Empresas. No obstante, las continuas promesas de Abel de cambiar y la persistencia de Doña Carmen para que no deje a su hijo le han detenido.

El último hijo de la familia, se dedica también a vender dulces y aguacates. Él se salio con una muchacha de su mismo pueblo que se alojó en la casa de sus padres por un periodo de tiempo. Mientras su embarazo se hizo cada día más prominente, mayor eran los problemas con su compañero, así que día agarró sus cosas y se marchó para la casa de sus padres en el barrio de La Lucha. Este un tema que no se habla por ningún miembro de la familia. Él es muy callado, permanece poco tiempo en su casa en los días que no labora. Solo llega a recibir sus comidas, para regresar a sentarse en alguna esquina a conversar o jugar cartas o dominó con otros jóvenes negros.

La sobrina de Doña Carmen, es tratada como si fuera una hija y una hermana más. Tal llega su grado de aceptación que el día en que salió embarazada de un hombre que también emigró a Venezuela y jamás ha regresado, fue aceptada a pesar del disgusto que le provocó a su tía. Su niño tiene siete años y estudia en la escuela del barrio. Ella trabaja como trenzera con su tía. Para Carmen ella es su mano derecha ya que la acompaña siempre a trabajar y está al su lado.

Aunque por un tiempo se dedicaron a las actividades de la fabricación y venta de dulces. Esta actividad la han dejado por el agotamiento de su fabricación y los fuertes dolores que le producía a Carmen en sus manos y en su cabeza. Dedicándose así a las mujeres a hacer trenzas, mientras los hombres se dedican a la venta de ensaladas de frutas, dulces y aguacates. Carmen percibe su vida así:

“Yo me vine porque allá no hay fuente de trabajo, porque ese es un pueblo que no hay fuente de trabajo. Fuente de trabajo los que tienen con que vivir la tierra, el ganado, las cabezas y todo eso, y entonces nosotros somos pobres y venimos a solventar su vida acá y me fue

bien gracias a Dios y conseguí el ranchito donde estoy viviendo que es propio mío, con el esposo mío. Y dejé los dulces porque llevaba mucha candela y me pasé a hacer las trenzas y gracias a Dios con las trenzas me ha ido bien. Yo no solamente tengo este trabajo de las trenzas, yo en la casa, gracias a Dios me siento bien. Mira Carmen lávame esta ropa y yo me siento bien, me hago esa plástica porque me siento bien. Ve Carmen pláncame esta muda de ropa, yo vengo y lo hago porque me siento bien. Ese es el trabajo de uno. Uno moreno no se le escurre a nada, uno es un burro para trabajar”⁶.

Después de terminar el café, Doña Carmen me hace colocar la mano sobre el mesón de la cocina, para que yo sienta la cocina que ella quiere terminar. Su casa es muy pequeña, la constituye una sala comedor y dos cuartos, un baño y una cocina. En la pared central de la casa hay varias fotografías pequeñas enmarcadas, correspondiente a familiares, entre las cuales hay algunas colocadas en el espejo de la sala, que recuerdan a variedades de bautizos donde la pequeña estatua de madera de San Pablo se hace presente. En la casa no hay muchos enseres, en un cuarto hay una cama donde duerme Carmen y su marido y variedades de colchonetes que se distribuyen por el piso a la hora de dormir. En el otro cuarto, un poco más pequeño, corresponde a Abel y Libeth, con su pequeño hijo. En el patio es un poco espacioso, hay algunos árboles frutales, también yace inerte la nevera que compraron con gran esfuerzo pero al dañarse la colocaron en el patio.

En la familia de doña Carmen hay como un sexto hijo: el gigantesco equipo de sonido con unos parlantes muy grandes. Su limpieza está cargo de los hombres de la casa. Se lo limpia con un aceite especial, todas las tardes, cuando no trabajan. Lo sacan a la terraza de la casa y lo prenden a gran volumen. En una de esas tardes yo estaba sentando con Abel y sus amigos. Ellos hablaban de las playas de Santa Marta, pero aunque trataba de seguir en la conservación, el volumen de la música no me dejaba. De repente colocaron una canción de champeta que había escuchado en mi estadía en San Pablo. Decía así: “Nooo no tengo plata, estoy pelao, no tengo plata en mi bolsillo”, Abel se paró y trataba de remedar unos pasos de esta música. La letra de la canción refleja la vida de Carmen, la cual trata de buscar todos los días su sustento en esta ciudad.

Conclusión

Los estudios sobre la población negra en el Caribe colombiano se han caracterizado por enfocarse en el corregimiento de San Basilio de Palenque. Así, pues, muy poco o muy nada se sabe sobre las poblaciones negras en otros contextos que no abarque este poblado. Este escrito intenta superar esta problemática, enfocándose en el contexto urbano de la ciudad de Santa Marta. Vemos como la figura de

6. Entrevista con Carmen Canaval Olivo, El Rodadero, noviembre del 2004.

Josefina de Olivo permitió la llegada de sus paisanos a un contexto urbano. Los recién llegados se instalan en un barrio a las afueras de la urbe, en el cual acceden a una vivienda y desarrollan sus vidas una vez que han dejado su pueblo.

En su inserción urbana, hay que resaltar la noción de red étnica desarrollada por Wade (1997). Este fenómeno, además de ser una de las principales bases para la llegada al barrio, permitiendo la adquisición de vivienda y trabajo, se manifestó con la vinculación vigente y constante de la gente negra de San Pablo con la del barrio Cristo Rey. Además, es muy fuerte a la hora de encontrar un trabajo en las playas, ya que ellos mantienen vínculos familiares y personales los cuales se consolidan a la hora de trabajar.

Bibliografía

- Almanza Hernández, Roberto (2007) “La Casa de los Negritos: Identidades, Representaciones y territorialidades urbanas de la Gente Negra en el Barrio Pescaito de Santa Marta”. Informe Final. Santa Marta: Observatorio del Caribe Colombiano. (Premio Héctor Rojas Herazo VII Versión 2006).
- Wade, Peter (1997) Gente negra, nación mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia. Bogotá: Ediciones Uniandes-Uniandes de Antioquia-ICAN-Siglos de Hombre Editores.